

bre extraordinario desprecia el peligro que le anunciaban). El sueño de Calpurnia, sueño que tuvo la víspera del día en que su marido fué asesinado, nos ha sido conservado por los historiadores mas graves, por los poetas, que como Lucano, lo han transformado en hermosos versos, y por los autores dramáticos que han sacado gran partido de él, como Voltaire y Shakespeare.

Calpurnia creyó ver conmoverse su casa desde sus cimientos y desplomarse. Una gran tempestad tronaba en el aire: se abrieron solas y con estrépito las ventanas de su cámara; recuerda y corre hácia la recámara de su esposo. A los temores supersticiosos excitados por este sueño, se añadía el terror que le inspiraban sus observaciones personales sobre la situación precaria de César, sobre el descontento de un partido numeroso, y sobre los proyectos de algunos hombres poderosos, cuyos frecuentes conciliábulos y aspecto sombrío y siniestro habia notado. César no quiso escucharla, aunque le habia advertido lo que se tramaba. Su virtud, que lo habia elevado, causó su muerte: quiso arrostrar el peligro, y dijo, como un gefe moderno: *¡No se atreverán!*

Lo que jamas se ha observado es, que Decio Bruto, hijo natural de César y asesino de su padre, no se armaba para contribuir á la libertad, como lo han pretendido los pedantes y sus condiscípulos, sino solamente para defender los derechos y los privilegios de la antigua aristocracia romana, vencida por el dictador. Esta accion tan aplaudida parece inescusable. César nombró pretores á Bruto y á Casio, sus asesinos; él fué quien favoreció sus adelantos, y quien despues de la batalla de Farsalia, les perdonó la vida. Pero afirman los retóricos, que Bruto queria libertar á Roma. ¿Libertarla? Resucitando esta antigua aristocracia de los patricios, que repudiaba el pueblo; dejando expuestos á todos estos caudillos rivales y enemigos, á la cabeza de facciosos poderosos, implacables y siempre listos á despedazar la república por sus intereses personales, ¿quién no ve que la organizacion de Roma patricia, sirviéndose de los plebeyos como de instrumentos de guerra y de victoria, estaba arruinada para siempre, y que el mismo pueblo, á cuya cabeza marchó César como Bonaparte, exigia un dictador, es decir, una autoridad firme,